

rado á partir, tomó la mano de la Madre, y estrechán-lola afectuosamente, le dijo:

—Mucho os debo, señora. Si algo puedo hacer para daros á conocer mi gratitud, la puerta de mi casa está abierta para vos á todas horas. Mandad de mí lo que queráis, y yo os lo agradeceré.

—Sois muy buena, señora condesa. La benevolencia con que me honráis es para mí una recompensa suficiente. Disponed de mí, venid aquí siempre que queráis: todo está á vuestra disposición.....

—Hasta mañana, querida Madre..... Si por casualidad yo deseara hablaros, ¿tendríais la bondad de ir á mi casa?

—Sin duda, señora: eso sería mucho honor para mí.

Houten Clara inclinó tristemente la cabeza, y pareció próxima á llorar.

—Hasta mañana, mi hermoso rui señor,—dijo la condesa.

—¿No os quedáis aquí?—preguntó la niña suspirando.

—Volveré mañana, y os traeré el libro de cánticos. Venid, abrazadme una vez más, y no olvidéis á vuestra amiga.

—No, no; esta noche voy de nuevo á soñar mucho con vos.

—¿Habéis ya soñado otra vez conmigo?—dija la condesa sorprendida.—¿Y qué habéis soñado, mi querida niña?

—Oh! cosas muy lindas!..... He soñado que vos érais mi madre, que yo estaba á vuestro lado, descansando en vuestros brazos; que vos me abrazábais, y que me dábais muchos besos.....

—¡Hasta mañana!—exclamó la condesa con voz conmovida.

Y tomando de la mano á la dueña, casi arrastrando la llevó hasta la calle, como si hubiera querido escapar de un peligro inminente.

IV.

—Habéis tenido la bondad de mandarme venir, señora,—dijo Madre de las huérfanas, entrando á la habitación de la condesa de Almatá:—aquí me tenéis á vuestras órdenes.

—Sed bienvenida, querida Madre,—dijo la condesa.—Sentáos á mi lado, en este sillón, que tengo que hablaros muchas cosas..... Sin duda adivináis el objeto de que quiero hacer mención, ¿no es verdad?

—De Houten Clara, señora.

—En efecto..... ¿Conocéis la historia de esa niña?

—No sé sino muy poca cosa, señora. Houten Clara tenía ya un año en el Establecimiento, cuando yo entré en él como directora. Allí supe, que después del incendio y la devastación de una aldea, la niña había quedado huérfana, y que un soldado, compadecido de ella, la había recogido y tomado á su cargo. Más tarde, cediendo á las instancias de un pariente del fundador de nuestro Establecimiento, la niña fué recibida entre las huérfanas. Por mi parte, no he creído nunca esta historia, y siempre he visto en ella una fábula inventada para ocultar el verdadero origen de Clara.

—¿Y Clara, no sabe nada de sus padres?

—Lo que ella puede recordar vagamente, es que, aún muy niña, vivía en una aldea, en casa de unos pobres del lugar. Y lo que me hace creer que la niña no ha conocido ni los cuidados ni el amor de una madre, es, que de todos los seres que la rodeaban, no se acuerda más que de un corderito con quien compartía sus juegos y sus alegrías. Esto prueba que Clara no conoció á su madre, ó, si lo queréis mejor, que su madre la había abandonado.

A estas palabras, la condesa quedó sumergida en una profunda preocupación y como ab-

sorta en sus pensamientos. Al verla así la Madre, adivinó en el instante la causa. La buena mujer estaba convencida de que la condesa quería confiarle un secreto, y bajo la influencia de esta idea, se esforzaba en dar á la noble dama la ocasión de cumplir su deseo. Una sabia prudencia y una grande generosidad la impedían ir directamente á su objeto: comprendía que debía respetar el pudor de la condesa, y no quería arrancarle una confesión que aquélla quizás no podría hacer. Por otro parte, ella, la Madre, ¿no estaría engañada?

Viendo que la condesa no decía nada, la Madre terminó sus explicaciones con estas palabras, llamando la atención de aquélla:

—He ahí, señora condesa, todo lo que sé de la historia de Houten Clara.

—¡Houten Clara!..... ¿Por qué no prohibís á vuestras educandas el dar á esa niña tan feo sobrenombre?

—Señora: querer y poder son dos cosas muy diferentes. Tenemos que estar al cuidado de otras cosas más importantes. Estad segura que es más fácil conducir un regimiento que una multitud de muchachas.....

—Mirad, querida Madre: os he hecho venir para que me hagáis saber lo que podría hacer una persona que quisiera proteger y favorecer á la pequeña Clara.

—Supongo, señora, que la protectora será la condesa de Almata, ¿no es verdad?..... Desde luego podéis sacar á la niña de la casa de las huérfanas y hacerla educar en la vuestra; porque todas las huérfanas están destinadas á ser colocadas como obreras ó como sirvientes, á menos que dejen la casa para contraer un matrimonio que las honre, lo que sucede también de vez en cuando.....

La Madre se caló y pareció esperar una respuesta de la condesa; pero ésta hizo un gesto de impaciencia, como diciendo:

—¿Y después?.....¿después?.....

—Después, cada huérfana guarda una parte

del salario de su trabajo: esta ganancia insignificante, pero cotidiana, se acumula y forma para cada una de ellas un pequeño capital. Cuando alguna deja la casa para casarse, sus economías le sirven de dote; y si sale del Establecimiento para entrar á servir, es para ella un recurso contra las necesidades imprevistas y una garantía contra el vicio. Una persona bienhechora puede, pues, añadiendo algún dinero á las economías de una huérfana, endulzar y asegurar la existencia de ésta para el porvenir.....

—¿Eso es todo, querida Madre?

—No conozco otro medio, señora; porque mientras que una huérfana está en la casa, tiene que usar el traje que previenen nuestras reglas; come en la mesa común; no puede tener nunca dinero á su disposición, salvo alguna pequeña suma determinada; jamás puede salir sino con un permiso especial, y solamente para ir á trabajar en casas cuya honradez es notoria.

Los movimientos inquietos de la condesa revelaban bastante la pena que le causaban las palabras de la Madre. Lanzando entonces un doloroso suspiro, dijo con voz muy triste:

—¡Dios mío! ¿Cuál será, pues, la suerte de Clara?

—No es difícil saberlo, señora. Más tarde, será mi criada en la casa y deberá servir también á las otras huérfanas; hará la limpieza, lavará, trabajará en la cocina.....

—¡Ella!..... ¡Clara!—exclamó la condesa con indignación: —¡ella servirá como una criada!.....

—Seguramente, señora.....

—Oh! eso no puede ser, querida Madre, yo no quiero.....

—Y bien, señora condesa, si lo he determinado así, es por el cariño que le tengo á la niña. Suponed que ella no tiene que ser mi criada, ó por mejor decir, criada de nuestra casa: su suerte sería ciertamente peor, porque estaría reducida entonces á entrar á servir en casas extrañas y sufrir allí la brusquedad de los amos,

la servidumbre, y acaso los malos tratamientos. Queda todavía el convento; pero sería cruel é inhumano decidir en este sentido de la suerte de una jovencita de doce años, pues que nadie puede saber cuáles serán las inclinaciones de su corazón con el transcurso del tiempo.....

La condesa, presa de una grande emoción, estrechó vivamente la mano de la Madre, y dijo:

—Oh!..... gracias por el generoso afecto que profesáis á esa querida niña; una madre no hablaría con más tierna solicitud: sois una mujer buena y sensata. Pero, decidme, ¿no sería posible sustraer á Clara de esa humilde condición?

—No comprendo bien, señora.

—Por ejemplo, si se le dieran maestros que le enseñasen el español y todo lo que debe saber una joven bien educada.

—¡Ah, señoral..... los administradores de la casa no lo permitirían. Una instrucción semejante no conviene ni á una obrera ni á una sirviente; esto sería para ella un gérmen de vanidad y de vicio.

—¡Sirviente!—esclamó la condesa suspirando:—¡No, no, eso no será, Dios mío!.....

Y levantándose, fué y abrió un armario, tomó de él una bolsa pesada, que tendió á la Madre diciendo:

—Tomad, mi excelente amiga, aquí tenéis una bolsa llena de oro; contiene una suma considerable: añadidla á las economías de Clara y hacedle así la vida más dulce; no le rehuséis nada, satisfaced sus menores deseos, hacedla aprender todo, tenedla siempre contenta y feliz; que ese querido ángel no tenga nunca la menor amargura. Haced todo esto, y creed que enteramente estaré reconocida á vuestra bondad.

—Las economías de las huérfanas están en manos de los administradores, señora; y una

vez allí, ya tienen uso determinado. No puedo, pues, hacer lo que me indicáis.

—¡Ay de mí! ¡todo contraría mis designios!... ¡Qué crue! fatalidad!

—Sin embargo, señora, si consentís en que yo guarde en mi poder una parte de este dinero, trataré de cumplir como pueda lo que me ordene vuestra bondad.

—Sí, sí, querida Madre; os doy gracias porque venís tan generosamente en mi ayuda.

—Yo haré unir el resto á las economías de Clara, á petición de..... de la condesa de Almata, ¿no es así?

A esta pregunta, la condesa se turbó visiblemente y bajó los ojos como una persona que reflexiona ó que no sabe qué responder.

—¿Será necesario decir que un desconocido ha puesto en mis manos esta suma?—preguntó la Madre, dando á su voz una entonación particular.

—Sí, sí, un desconocido,—respondió la condesa;—una persona que ha desaparecido y de quien no se ha vuelto á saber nada: sí, así estará muy bien.....

Mientras más se prolongaba la conversación, más firme se iba haciendo en la Madre la convicción de que no se había engañado sobre la naturaleza de las relaciones que existían entre la condesa y Houten Clara; comprendía que un peso terrible oprimía el corazón de la noble dama y que ésta se hallaba dispuesta á desahogarse confiándole su secreto: creía tener una prueba suficiente en el poco cuidado con que la condesa ocultaba su secreto. Resolvió, pues, allanar todos los obstáculos para dar lugar á una explicación, si la condesa así lo deseaba. La ocasión no tardó en presentarse.

—¿No es verdad,—dijo la condesa,—que daréis á Clara un maestro de español, y que la haréis aprender todo lo que una joven debe saber para ser bien recibida en la sociedad?

—No, señora, eso es imposible: saber mu-

chas cosas, es con frecuencia, para una mujer de humilde condición, un origen de desgracias.

—¡Dios mío!..... querida Madre, sois verdaderamente cruel; Clara es de sangre noble, os lo aseguro.

—Lo sabía ya, antes de tener la honra de conoceros,—dijo la Madre con sangre fría.

—¿Por quién lo habéis sabido?—preguntó la condesa estupefacta.

—Por la misma Clara.

—¡Cómo!..... ¿Clara lo sabe?

—No, señora condesa, no lo sabe, y sin embargo, lo dice.

—Pero ¿qué enigma es ese?..... No os comprendo.

—En efecto, es extraño. ¿La señora condesa sin duda ha oído hablar de una enfermedad, ó más bien, de un estado extraordinario que se llama sonambulismo?

—Sí..... ¿y bien?.....

—La pequeña Clara es sonámbula.

—Oh!..... ¡la pobre niña!.....

—No os aflijáis, señora condesa; la niña no parece sufrir, y además, eso desaparecerá con la edad. No todo el año está en ese estado, sino únicamente en el mes de Mayo, y sólo dura así tres semanas.

—¿Y qué sucede entonces?..... Por el amor de Dios, tranquilizadme; me hacéis sufrir horriblemente.

—Fiad en mi palabra, señora; no hay motivo para que os asustéis tanto. En la época en que yo comencé á dirigir el Establecimiento, Clara dormía en el dormitorio de las huérfanas; en la primavera, volvía á sus paseos nocturnos, y aunque las otras niñas conocían su mal, sucedía con frecuencia que sentían tal espanto, que toda la casa se trastornaba. Temía yo que la niña se fuera á herir mortalmente, por lo que hice colocar su lecho en el primer departamento, en una pieza que está muy cerca de la escalera. Desde luego lo primero que hice fué cerrar la puerta de Clara; pero esto sin

duda la causó mucha pena, porque cuando se levantaba por la noche, se martirizaba y se hería las manos tratando de abrir la cerradura. Recuerdo que una vez se hirió gravemente al romper con las manos los vidrios de la ventana: el señor Tyfelynck, médico de nuestra casa, me ordenó dejar abierta la puerta de su habitación. En ese departamento hay, como lo habéis visto, dos puertas, una que da á la calle y la otra al patio; de suerte que cuando Clara se pasea dormida, no puede mas que bajar la escalera y vagar en un espacio limitado, entre dos puertas, donde nada hay que pueda herirla ni hacerle ningún mal.....

—Madre, querida Madre, por el amor de Dios, daos prisa en concluir; vuestra narración me hace temblar.....

La Madre dirigió á la condesa una mirada penetrante, y prosiguió:

—En la época del año en que Clara es atacada del sonambulismo, deja su lecho hacia media noche, baja con frecuencia la escalera y se sienta sobre el último escalón. Allí permanece cerca de una media hora, después sube, vuelve á acostarse, y se duerme tranquilamente hasta la mañana. Pero cuando se halla en aquel estado, lo sorprendente es que sus ojos están abiertos, ve donde hay luz, habla, pregunta y responde distintamente y con mucha más inteligencia que durante el día. Su memoria debe tener también en aquellos momentos mucha más lucidez, porque entonces habla de ciertas circunstancias de su primera infancia, de las que, estando despierta, no conserva el menor recuerdo. Alguien debe haberle dicho con frecuencia que su madre es rica, de familia noble, y así lo he comprendido muchas veces al oír las palabras entrecortadas de Clara: pero es inútil hablarle de eso durante el día, porque no puede acordarse absolutamente de lo que ha dicho ó hecho durante sus accesos de sonambulismo. Clara no sabría tampoco que por las noches abandona la cama, si algunas

veces no se la hubiera despertado pronunciando su nombre; porque basta pronunciar éste, para que ella despierte inmediatamente de su misterioso sueño.

—Pero vos no me decís, querida Madre, que alguna vez hayáis intentado salvar á la pobre niña de ese espantoso mal: esta indiferencia es imperdonable..... ¡Cómo es posible ver sufrir á un ángel, sin remover cielo y tierra para curarlo!..... ¡Ah, si yo hubiera estado en vuestro lugar!.....

—Yo sé, señora condesa, que podrían haberse consultado muchos médicos..... ¿Y quién os ha dicho que yo, que no soy rica, no haya hecho por amor á esa niña, lo que una condesa no podría hacer con todo el oro del mundo?.....

—Oh! perdonad mi precipitación; es que sufro horriblemente, querida Madre.....

—Pero dejadme continuar, señora, porque me falta aún que contaros lo más maravilloso. Cuando Clara está sentada al pié de la escalera y se le dirige la palabra, responde siempre como si le hablara á su propia madre. Si no se contraría el arrebató de su corazón, un fuego de amor se apodera de ella y os estrecha en sus brazos, os colma de besos, os sonrío; se sube sobre vuestras rodillas, acaricia vuestro rostro, y os mira de tal manera en los ojos, como si quisiera leer en el fondo de vuestra alma; fascina vuestros oídos con un torrente de cariñosas palabras, y os hace olvidaros de vos misma por un misterioso poder tan inexplicable como incomprendible y que os hace temblar.

La Madre suspendió su relación como para escuchar las observaciones de la condesa; pero ésta, inmóvil, con el cuello tendido y abiertos extraordinariamente sus lindos ojos, respiraba ardientemente al estar oyendo la narración.

—Yo me imagino, señora, que la madre de Clara, cuando ésta estaba muy niña aún, la cubría de caricias y besos, acaso durante muchas horas y derramando lágrimas; pues con mucha

frecuencia Clara, en su extraño sueño, llora. Tan conmovedora está entonces la niña, tan hermosa de ternura y de amor, que nadie en el mundo, aunque tuviera un corazón de piedra, podría resistir á sus acciones y á sus palabras. ¡Ah, si su madre pudiese oirla!..... Seguramente arrostraría todos los peligros por estrechar á su hija entre sus brazos y consolarla en su tristeza; para hacerla dichosa, en fin; porque esta querida niña sufre horriblemente y languidece devorada por una enfermedad misteriosa..... Pero vos lloráis, señora condesa; mi narración os ha conmovido demasiado..... Os suplico que me perdonéis.....

La condesa parecía haber olvidado su situación, y lágrimas silenciosas se escapaban de sus ojos; no respondió á la Madre, como si hubiera olvidado su presencia, y aun cuando esta excelente mujer le tomó la mano para consolarla, no hizo ningún movimiento.

Por largo rato ambas permanecieron en silencio.

De repente y con violencia la condesa se levantó, un vivo rubor cubrió su frente, fijó un momento los ojos en el suelo como agobiada de confusión, y yendo luego á estrechar entre sus brazos á la Madre de las huérfanas, la dijo sollozando y con voz casi ininteligible:

—Oh! ¡tened piedad de mí, mi buena amiga!..... ¡Clara es mi hija!..... ¡A mí es á quien llama..... á mí es á quien acaricia!.....

Y un torrente de lágrimas se escapó de sus ojos, ahogando sus palabras.

Durante algunos instantes la Madre permaneció en silencio, respetando el dolor de la condesa; después acercó su boca al oído de aquélla, y le dirigió palabras consoladoras: le habló otra vez de Clara, le indicó el medio de asegurar la felicidad de la niña; en una palabra, hizo y dijo todo lo que su generoso corazón le inspiró para procurar algún alivio al corazón oprimido de la condesa. Poco á poco consiguió lo que deseaba; y el alma de la condesa, sin-

tiéndose libre del secreto que pesaba sobre ella hacía tanto tiempo, pudo al fin hablar más libremente y con alguna serenidad.

Las dos mujeres hablaron largo tiempo de la niña, sobre todo de su enfermedad, de la que la condesa quiso conocer hasta el menor detalle.

De súbito la noble dama palideció y empezó á temblar llena de ansiedad.

En tanto que la Madre trataba de adivinar el motivo de esta repentina emoción, la condesa abrió una caja, sacó de ella algunas piezas de encaje, que arrojó sobre la mesa, y dijo:

—Madre, querida Madre, el conde de Almata viene; ya he oído abrir la puerta..... Oh! mi querida amiga, partid cuanto antes, para que él no os encuentre aquí: podría haceros preguntas á las cuales os sería difícil responder. Ocultad el dinero, y si os encuentra, decid que habéis venido á vender encajes..... Partid; hasta mañana..... Yo os iré á veros todos los días.....

La Madre se levantó y salió precipitadamente de la habitación. Al bajar la escalera, encontró efectivamente al conde, que la miró con una curiosidad investigadora, pero sin dirigirle una sola palabra.

Domingo, silencioso también, abrió la puerta y dejó pasar á la Madre.

V.

Quince días habían trascurrido desde que la condesa de Almata había confiado su secreto á la Madre-directora de las huérfanas. Todos los días, á la hora de siesta con más frecuencia, la condesa iba á ver á su hija, con quien, gracias á la condescendencia de la Madre, permanecía dos ó tres horas acariciándola y enseñándole el arte de vivir en sociedad; había comenzado, además, á enseñarla la lengua españo-

la. En esta época era necesario poseer esta lengua extranjera, si no se quería pasar por una persona de origen plebeyo; y como la condesa se había propuesto hacer todos sus esfuerzos por educar á Clara de una manera superior á su condición de huérfana, natural era que este fuera el punto principal sobre el que más se fijara al emprender la educación de la niña.

Houten Clara, amante por naturaleza, había consagrado á su protectora una ternura sin límites; sus dulces palabras y sus inocentes caricias, que hubieran bastado para seducir el corazón de una persona extraña, habían producido tal efecto en el alma de la condesa, que ésta lo olvidó todo para no pensar más que en la angelical niña. El conde de Almata no estaba muy satisfecho con saber que su mujer pasaba días enteros fuera de su casa, bajo el inverosímil pretexto de que había encontrado en la Madre de las huérfanas una antigua amiga de colegio, cuya compañía le era muy agradable. La sospecha se había de nuevo despertado tanto más viva en su corazón, cuanto que volvía á verse repentinamente abandonado y olvidado por la condesa; pero quiso permanecer fiel á su palabra, y aunque sintió algún disgusto por la conducta de su esposa, no la hizo espiar, y ni mostró siquiera el menor deseo de saber más de lo que ella misma le dijera. La desconfianza y la cólera se iban desarrollando silenciosamente en su corazón. Indudablemente la tempestad, si algún día tenía que estallar, sería terrible.

Una noticia llegada de España vino repentinamente á cambiar el curso de los acontecimientos. Un tío del conde de Almata había muerto, dejando á éste heredero de todos sus bienes: la mayor parte de estos consistía en tierras vecinas á la ciudad de Rota (Andalucía), en un gran número de casas en Jerez de la Frontera, y numerosos navíos que iban de Cadiz al Nuevo Mundo. Las riquezas que de tal modo venían á aumentar la fortuna del